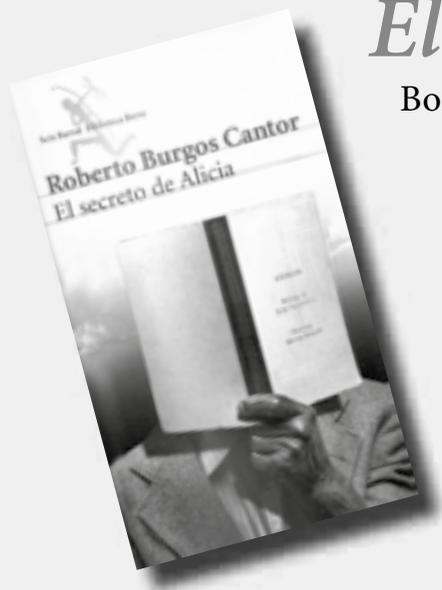


# Libros

## *El secreto de Alicia*

Boris Pinto



El más reciente libro de Roberto Burgos Cantor, *El secreto de Alicia*, es un atado de cartas que convoca a los amigos en torno al festival de la escritura, en un tiempo en que, como afirma alguno de sus narradores, “el vértigo de los días y la desconfianza fragmenta los ritos de la amistad, hasta que un día descubrimos que estamos solos”. Después de todo, decía el escritor alemán Jean Paul, los libros son cartas voluminosas que un escritor envía a amigos desconocidos.

Los relatos que componen esta carta voluminosa nos ofrecen un recorrido por un tríptico de cuentos, como la comedia divina de Dante en busca de su Beatriz: cuentos del infierno, del cielo y de la tierra. En esa travesía sin purgatorio, Burgos Cantor nos revela el oficio de un escritor templado, preciso, de pulso firme, que conoce con hondura los vericuetos de la escritura, pero, más allá, recorre con la pericia de un patriarca que camina sus dominios, los

extravíos de la existencia: el amor, la soledad, la pérdida, los desvaríos, la amistad, el deseo, la pobreza, fragmentos de la historia patria, las lunas de Galilei, la nostalgia, las refriegas de todos los días.

Algunos de sus narradores, como en *El Espejo*, *Olvidos a Veces* y *Batallas Solitarias*, son observadores que se regodean en la contemplación de otras soledades:

Miro la calle. Como mirar el vacío. O las colinas al oriente. Nada en esas abstracciones repetidas, diarias: el cielo, la calle, las colinas, la luz. Los padres, las madres, los acudientes que llegan y esperan o traen los niños.

Debo corregir mi primera impresión: más que un patriarca, es un paseante, un *flâneur* de sentimientos, de encuentros y desencuentros, un cronista de rutinas y costumbres, un *flâneur* de soledades que nos ayuda a recuperar una de las muchas cosas que, como sugiere Paul Virilio, hemos perdido en nuestra cultura: el paisaje de acontecimientos.

Uno de los elementos persistentes en *El secreto de Alicia* es el trato que el escritor le da a la luz, como si de otro personaje se tratara. A lo largo de los cuentos, la luz se filtra a través de las láminas de las persianas, emana de las lámparas marchitas, ilumina a media voz los rostros secretos. La luz es tenue, escasa, tibia; a veces fría, de hielo, sucia, menesterosa, de júbilo, incendiada, un tenue resplandor; jirones de luz como franjas luminosas, fulgor granuloso de luna, lunas de acuarela, una luz mezclada con el

humor, como el vino de Galilei. *El secreto de Alicia* es un libro de luces y sombras, como la vida misma, que nos recuerda la escritura de claroscuros de Henry James.

La luz que ilumina y oculta los rostros de sus personajes nos insinúa la otra gran virtud de esta colección de cartas de amistad: sus personajes y sus mundos siempre están descolocados, desplazados del centro de gravedad, apartados de la órbita de la sensatez y del sosiego. Los relojes señalan horas equívocas, el vértigo de la ciudad es desacompasado, el tiempo se congela, “fluir y parálisis, río para bañarse dos veces”; el espejo envejece, es “una lámina de azogue interrumpido por nubes de manchas lóbregas (...). Una mujer se embellece y espera en la noche a quien no llegó. ¿Qué hacer?”; sus amigos habitan las vecindades del otro lado, “ese donde las palabras no llegan y el tiempo se sale de los relojes, de sus cuerdas repetidas”; son una estrella que no encuentra en el mar, ni en el cielo, ni en la tierra, su lugar; son esa mujer que decidió, por las virtudes de la locura, convertirse en otra; son la víctima de la violencia, del desplazamiento, la viuda que enamora a su vacío, “confinada en un horizonte sin direcciones”, mientras mastica las diligencias de las fosas comunes; son la reflexión del general José María Córdova Muñoz, que en medio de la guerra, entiende que “la vida no era sólo un persistente ascenso hacia la realización sino también un escabroso desvarío hacia la nada”. Son la mujer y el estudiante que batallan a solas contra el mar; son el amigo que una mañana perdió el norte: “Se me perdieron la dirección, la calle, los pasos. Ni siquiera encontré las huellas para volver a la tuya”.

Sin embargo, el desvarío de sus personajes no es eterno. Quizá por ello, esta travesía no es divina, ni deambula por los fosos del purgatorio. Los personajes descolocados

transitan por el infierno, por el cielo, pero fondean en la tierra. Sus personajes somos todos: ni habitamos la gloria cotidiana, ni nos abandonamos a la vigilia de las fosas comunes. Somos, como el hombre que perdió el norte, “un árbol más, aquí, de raíces al aire”. La escritura, como lo insinúa “El otro que nos habita”, es un acto de resistencia y de resignación: “Por eso pensé en el papel. Si de repente uno decidiera ser notario de uno mismo. Testimonio, testamento abierto. Fe de vida: ante mí, yo concurre, yo me contaré”.

El notario que se cuenta, nos cuenta: los hombres lloran, se orinan en los pantalones por sus amigos muertos; el hombre decide volver a enamorar, en el sanatorio, entre pinos y eucaliptos, a esa mujer que decidió convertirse en otra; la maestra se resiste el despojo y el olvido, fondeando las fosas con la vara de su corazón: “Me gusta decirle a mi hombre que su vida está en mí, que yo estoy en él (...). Soy peregrina de su búsqueda (...), mi corazón se ha convertido en una vara de explorar agua, vara de rabadomante, vara de amor que me advierte de la cercanía de tu fosa”; el amigo le ofrece al hombre que perdió el norte, su casa, como asilo; lo ayuda a levantarse, camina con él, lo rodea con su abrazo, lo observa entrar en su edificio, “con el bamboleo leve de un buque que traspasa el oleaje adverso”.

Por ello, *El secreto de Alicia* es un rito fundador de amistad. Aquí, en la gravedad de los ríos donde nos bañamos tantas veces, el único bálsamo que nos devuelve hasta el centro, la única fuerza que nos convoca del extravío, como lo sugiere Burgos Cantor, es el remedio fecundo del amor y del cuidado; la rutina que nos recuerda que hay otro que nos habita; que nosotros mismos, tan esquivos, albergamos a otro que desconocemos, y que espera, en el rito de la amistad, la oportunidad de ser. ■